



Rosa María Pereda.

provincia cubana donde parece haber nacido casi todo el mundo". Unos lo llaman Guillermo Cabrera Infante; él se llamó a sí mismo G. Caín, quizá por haber asesinado —lúcida y lúdicamente— tantas estructuras que insistían en la reiteración o, cuando no, en el bostezo literario. La primera parte del libro que comentamos (1) tiene la funcionalidad de un sabueso. En ella, Rosa María Pereda sigue las pistas para la reconstrucción de esa omnipotencia creadora del mito, de esa "poética de la epifanía" —que diría Umberto Eco— presente en la literatura de Cabrera Infante. "La vida —nos dice Rosa María Pereda— es el eje sobre el que escribe y vive Cabrera Infante".

Cabrera Infante.



La crónica de Roland Barthes

Pausa

Como me veo obligado a interrumpir estas crónicas por algún tiempo, quisiera aprovechar esta pausa para explicar un poco qué representan para mí (ya que ignoro lo que son para los demás): una experiencia de escritura, la búsqueda de una forma (honra a un periódico como éste en el que escribo el hecho de dar a un escritor la posibilidad de arriesgar una forma que le interesa y que desea trabajar).

La forma buscada es una forma breve o, si se prefiere, una forma blanda: ni la solemnidad de la máxima ni la aspereza del epigrama; algo que, al menos de modo tendencial, quisiera evocar el haiku japonés, la epifanía joyciana, el fragmento de diario íntimo: una forma deliberadamente menor, en suma. Recuerdo, con Borges, que lo menor no es una rebaja, sino un género como otro cualquiera. Sin duda, yo mismo me siento desconcertado, cuando aparece mi crónica, al ver mi pequeña prosa, mi pequeña (y cuidada) sintaxis; en una palabra, mi pequeña forma, aplastada y como anulada por el hipervoltaje de las escrituras que nos rodean. Pero después de todo, existe una lucha por la blandura; desde el momento en que uno opta por ella, ¿no se transforma esa misma cualidad en una fuerza? Mi escritura es tenue por razones morales.

¿En qué puede ser, sin embargo, política esa forma? Alguien me ha dicho (voz del rumor): "No leo sus crónicas; son como las 'Mitologías' pero en peor". No, no son "Mitologías"; más bien son el resumen de unos pocos incidentes que, a lo largo de la semana, marcan mi sensibilidad, que reciben incitaciones y golpes del mundo circundante. ¿Por qué reproducirlos? ¿Por qué comunicar lo tenue, lo fútil, lo insignificante, por qué exponerse a la acusación de no decir más que "naderías"? La idea que gobierna este intento es la siguiente: el acontecimiento del que se ocupa la prensa parece algo tremendamente simple; quiero decir: salta a la vista que se trata de un "acontecimiento" y que es éste un acontecimiento fuerte. Pero, ¿y si hubiese también acontecimientos "débiles", cuya tenuidad no deja, sin embargo, de producir sentido, de designar lo que en el mundo "no va bien"? En una palabra, ¿y si uno se ocupase poco a poco y con paciencia de manipular el potenciómetro? Los grandes medios de comunicación me parecen tratar el acontecimiento como los pintores del Imperio trataban una batalla célebre; pero la pintura sólo evolucionó por haber aceptado cambiar de medidas: se ha dicho que todo Nicolas de Staël ha salido de un centímetro cuadrado de Cézanne. Quizá también en la prensa haya que tratar de resistir al

prestigio de las grandes proporciones para así frenar la tendencia impetuosa de los medios (hecho histórico nuevo) a crear por sí mismos el acontecimiento. Sé que mi lenguaje es reducido ("Los límites de mi lenguaje —decía Wittgenstein— significan los límites de mi propio mundo"), pero esta pequeñez es tal vez útil; porque a partir de ella siento a mi vez, de cuando en cuando, los límites del otro mundo, del mundo de los otros, del "gran mundo", y es precisamente para manifestar ese desazón, diría incluso ese sufrimiento, por lo que escribo: ¿acaso no debemos hoy hacer oír el mayor número posible de esos "pequeños mundos"? ¿Atacar el "gran mundo" (gregario) por la división incansable de las particularidades?

Como experiencia de escritura (hablo aquí de una práctica, no de un valor), estas crónicas son para mí una forma de hacer hablar (sin avisar, claro está) a las diversísimas voces que me componen. En un sentido, no soy "yo" quien las escribe, sino una colección, a veces contradictoria, de voces: voces de seres que amo y a los que provisionalmente tomo prestado los valores, las voces ideológicas emanadas del burgués, del pequeño burgués o del "brechtiano" que puedo ser alternativamente, voces arcaicas, pasadas de moda, voces de la estulticia. Esas voces tienen también destinatarios Diversos: a veces, tal o cual individuo, a quien tengo bien presente en el espíritu; otras veces, un grupo o incluso alguna parte de mí mismo. Son como fragmentos de ensayo de novela (voces de personajes innominados) o de obra teatral (género en el que se intercambian réplicas).

Esta última palabra me permite designar lo que, en mi opinión, constituye su defecto básico (no me pregunto sobre el éxito o el fracaso de tal o cual réplica, no me sitúo aquí en el plano de la actuación). El defecto es que a cada incidente por mi referido me siento como empujado (¿por qué fuerza o qué debilidad?) a darle un sentido (social, moral, estético, etc.), a producir una última réplica. En una palabra, estas crónicas corren continuamente el riesgo de ser "moralejas", y esto me deja insatisfecho. Porque hace ya tiempo que concibo la escritura como esa fuerza del lenguaje que pluraliza el sentido de las cosas y que, en última instancia, lo suspende. Se trata de una empresa posible por lo que respecta al libro (la literatura da fe de ello), pero que me parece muy difícil en un periódico, por eso también me ha parecido digno de intentarse. En esas estoy. ■
© TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".

Toda su obra —vertebrada y confluyente en "Tres tristes tigres"; al menos hasta el momento— no es otra cosa que la concreción de una visión del mundo; no es más que la creación de un mito. Dicho de otra forma: la elevación a la categoría de "poética" hechos de lo cotidiano que por el verbo, por la palabra y, en su equivalente, por la escritura, cobran verdadera conciencia de su existir. Todo esto afirma Rosa María Pereda, y —lo que es más— lo demuestra. (Una recomendación entre paréntesis: realicen la lectura kabalística que de "Tres tristes tigres" propone Rosa María Pereda. Ella misma presenta el "ma-

nual de instrucciones". El resultado, además de divertido, es insólito.)

Tras el análisis de la(s) obra(s) de Cabrera Infante sigue una larga entrevista en la que Cabrera Infante habla de literatura y cine —¡cómo no!, de ritos y de animales, de creencias y de amores. Se trata de una poética literaria, autoconfesional y biográfica. Señalemos además una antología de textos —algunos inéditos—, una cronología "a la manera de la hecha a Laurence Sterne", aumentada por Cabrera Infante para este libro y que constituye un excelente ensayo de prosa autobiográfica y, finalmente,

una bibliografía. Así concluye este volumen de Rosa María Pereda sobre Cabrera Infante, sobre ese vivo Bustrófedon empujado en safaris semánticos, porfiado en conservar "memorables", en hacerse hablar a sí mismo y ofrecérsenos por la escritura. (Un último paréntesis aclaratorio: "Dije o creo que dije que mi vida se podía adivinar en antes y después de Offenbach", escribió Cabrera Infante. Jaime Diego Jacobo Yago Santiago Offenbach, era su gato.) ■ SABAS MARTIN.

(1) "Cabrera Infante". Rosa María Pereda. EDAF, Escritores de todos los tiempos. Madrid, 1978.